

Arthur Conan Doyle

El misterio de Cloomber

Arthur Conan Doyle

El misterio de Cloomber

The mystery of Cloomber

Traducción de

ANTONIO JAVIER SANTIAGO REMACHA



El misterio de Cloomber

PUBLICADO POR EL GRUPO BOLCHIRO
BOLCHIRO, S.L, Zurbano, 47 - Madrid, 28010
BOLCHIRO, LLC (c/o OSB Business Services Inc) 180 Varick Street -
New York NY 10014

© Del texto: Arthur Conan Doyle
© De la traducción: ANTONIO JAVIER SANTIAGO REMACHA
© De la presente edición: Bolchiro, S.L
ISBN: 9788415211679
ISBN del libro electrónico: 9788415211662

Índice

La hégira de los West desde Edimburgo	10
De la extraña manera en que un inquilino vino a Cloomber	18
De cómo llegamos a conocer mejor al teniente general J.B.Heatherstone.	32
De un joven con la cabeza gris.	48
Cómo cuatro de nosotros llegamos a estar bajo la sombra de Cloomber	60
Cómo llegué a ser reclutado como uno de la guarnición de Cloomber	80
Del cabo Rufus Smith y su llegada a Cloomber.	90
Declaración de Israel Stakes.	112
Narración de John Easterling, miembro del Real Colegio de Médicos de Edimburgo	134
De la carta que llegó del Hall	152
Del naufragio de la barca "Belinda".	158
De los tres extranjeros sobre la costa	188
En el que veo eso que ha sido visto por pocos	204
Del visitante que bajó corriendo la carretera por la noche	238
El diario de John Berthier Heatherstone.	266
En el agujero de Cree	304
Apéndice.	330

CAPÍTULO I

LA HÉGIRA DE LOS WEST DESDE EDIMBURGO

Yo, John Fothergill West, estudiante de derecho en la universidad de St. Andrews, he intentado en las páginas siguientes poner mi declaración ante el público de manera concisa y metódica

No es mi deseo alcanzar el éxito literario, ni tengo ningún deseo por medio de la elegancia de mi estilo, ni por el orden artístico de mis incidentes, de echar una sombra más profunda sobre los extraños pasajes sobre los que tendré que hablar. Mi mayor ambición es que aquellos que saben algo del asunto, después de leer mi relato, sean capaces de respaldarlo a conciencia sin encontrar un sólo párrafo en que yo haya agregado o quitado a la verdad.

Si consigo este resultado, quedaré ampliamente satisfecho con el resultado de mi primera incursión en la literatura.

Era mi intención escribir la sucesión de hechos en el debido orden, basándome en rumores fidedignos cuando estaba describiendo aquello que estaba más allá de mi propio conocimiento personal. Sin embargo, ahora, a través de la amable cooperación de unos amigos, he dado con un plan que promete ser menos oneroso para mí y más satisfactorio para el lector. Este es ni más ni menos que hacer uso de los diversos manuscritos que tengo junto a mí relacionados con el asunto, y añadir a ellos el testimonio de primera mano aportado por aquellos que tuvieron las mejores ocasiones de conocer al Teniente General J. B. Heatherstone.

CHAPTER I
THE HEGIRA OF THE WESTS FROM
EDINBURGH

I, John Fothergill West, student of law in the University of St. Andrews, have endeavoured in the ensuing pages to lay my statement before the public in a concise and business-like fashion.

It is not my wish to achieve literary success, nor have I any desire by the graces of my style, or by the artistic ordering of my incidents, to throw a deeper shadow over the strange passages of which I shall have to speak. My highest ambition is that those who know something of the matter should, after reading my account, be able to conscientiously indorse it without finding a single paragraph in which I have either added to or detracted from the truth.

Should I attain this result, I shall rest amply satisfied with the outcome of my first, and probably my last, venture in literature.

It was my intention to write out the sequence of events in due order, depending on trustworthy hearsay when I was describing that which was beyond my own personal knowledge. I have now, however, through the kind cooperation of friends, hit upon a plan which promises to be less onerous to me and more satisfactory to the reader. This is nothing less than to make use of the various manuscripts which I have by me bearing upon the subject, and to add to them the first-hand evidence contributed by those who had the best opportunities of knowing Major-General J. B. Heatherstone.

Para conseguir este propósito expondré ante el público el testimonio de Israel Stakes, anteriormente cochero en Cloomber Hall, y de John Easterling, miembro del Real Colegio de Médicos de Edinburgo, que ejerce ahora en Stranraer, en Wig-townshire. Añadiré a estos un informe textual extraído del diario del difunto John Bertier Heatherstone, de los sucesos que tuvieron lugar en el Valle Thul en el otoño del 41 hacia el fin de la primera Guerra Afgana, con una descripción de la escaramuza en el desfiladero de Terada, y de la muerte del viejo Ghoolab Shah.

Me reservo a mí mismo el deber de llenar todas las lagunas y huecos que puedan quedar por completar en la narración. Por medio de este plan he descendido del puesto de autor al de recopilador, pero por otra parte mi obra ha dejado de ser un relato y se ha ampliado en una serie de declaraciones juradas.

Mi Padre, John Hunter West, era un orientalista y estudioso del sánscrito muy conocido, y su nombre aún es respetado entre aquellos que están interesados en tales asuntos. Fue él quien primero llamó la atención después de Sir William Jones sobre el gran valor de la literatura persa de época temprana, y sus traducciones del Hafiz y del Ferideddin Atar se han ganado los más cálidos elogios del Barón von Hammer-Purgstall, de Viena, y de otros distinguidos críticos de Europa.

En el número del *Orientalisches Scienzblatt* de enero de 1861, es descrito como "el famoso y muy cualificado Hunter West de Edinburgo"- un pasaje el cual recuerdo bien que recortó y guardó para sí, con una comprensible vanidad, entre los más venerados archivos familiares.

Él había sido educado para ser abogado, o Letrado del Sello, como se llama en Escocia, pero su erudito pasatiempo le absorbía tanto tiempo que tenía poco para dedicar al ejercicio de su profesión.

In pursuance of this design I shall lay before the public the testimony of Israel Stakes, formerly coachman at Cloomber Hall, and of John Easterling, F.R.C.P. Edin., now practising at Stranraer, in Wigtownshire. To these I shall add a verbatim account extracted from the journal of the late John Berthier Heatherstone, of the events which occurred in the Thul Valley in the autumn of '41 towards the end of the first Afghan War, with a description of the skirmish in the Terada defile, and of the death of the man Ghoolab Shah.

To myself I reserve the duty of filling up all the gaps and chinks which may be left in the narrative. By this arrangement I have sunk from the position of an author to that of a compiler, but on the other hand my work has ceased to be a story and has expanded into a series of affidavits.

My Father, John Hunter West, was a well known Oriental and Sanskrit scholar, and his name is still of weight with those who are interested in such matters. He it was who first after Sir William Jones called attention to the great value of early Persian literature, and his translations from the Hafiz and from Ferideddin Atar have earned the warmest commendations from the Baron von Hammer-Purgstall, of Vienna, and other distinguished Continental critics.

In the issue of the *Orientalisches Scienzblatt* for January, 1861, he is described as "*Der berühmte und sehr gelohnte Hunter West von Edinburgh*"—a passage which I well remember that he cut out and stowed away, with a pardonable vanity, among the most revered family archives.

He had been brought up to be a solicitor, or Writer to the Signet, as it is termed in Scotland, but his learned hobby absorbed so much of his time that he had little to devote to the pursuit of his profession.

Cuando sus clientes estaban buscándole en su bufete de George Street, él estaba encerrado en los sitios más recónditos de la Biblioteca de Abogados, o estudiando minuciosamente algún manuscrito enmohecido en la Institución Filosófica, con su cerebro más ocupado en el código que Menu propuso seis-cientos años antes del nacimiento de Cristo que en los espinosos problemas de la ley escocesa del siglo diecinueve. Por lo tanto no es de sorprender que mientras sus conocimientos se acumulaban su bufete desaparecía, hasta que en el momento en que hubo alcanzado el cenit de su celebridad hubo alcanzado también el punto más bajo de su suerte.

Como no había cátedra de sánscrito en ninguna de la universidades de su país, ni demanda en ninguna parte para las únicas habilidades mentales de las que disponía, deberíamos haber estado obligados a retirarnos a una elegante pobreza, consolándonos con los aforismos y preceptos de Firdousi, Omar Khayyam, y otros de sus favoritos orientales, si no hubiera sido por la amabilidad y generosidad de su medio hermano William Farintosh, el Terrateniente de Branksome, en Wigtownshire.

Este William Farintosh era el propietario de un latifundio, un terreno que guardaba, por desgracia, una relación de lo más desproporcionada a su valor, puesto que formaba la extensión de tierra más inhóspita y más yerma en el conjunto de un condado inhóspito y yermo. Como soltero, sin embargo, sus gastos habían sido pequeños, y se había apañado con los alquileres de sus casas de campo dispersas, y la venta de los caballos de raza Galloway, que criaba en los páramos, no sólo para vivir como debería un terrateniente, sino para ahorrar una considerable suma en el banco.

When his clients were seeking him at his chambers in George Street, he was buried in the recesses of the Advocates' Library, or poring over some mouldy manuscript at the Philosophical Institution, with his brain more exercised over the code which Menu propounded six hundred years before the birth of Christ than over the knotty problems of Scottish law in the nineteenth century. Hence it can hardly be wondered at that as his learning accumulated his practice dissolved, until at the very moment when he had attained the zenith of his celebrity he had also reached the nadir of his fortunes.

There being no chair of Sanscrit in any of his native universities, and no demand anywhere for the only mental wares which he had to dispose of, we should have been forced to retire into genteel poverty, consoling ourselves with the aphorisms and precepts of Firdousi, Omar Khayyam, and others of his Eastern favourites, had it not been for the kindness and liberality of his half-brother William Farintosh, the Laird of Branksome, in Wigtownshire.

This William Farintosh was the proprietor of a landed estate, the acreage which bore, unfortunately, a most disproportional relation to its value, for it formed the bleakest and most barren tract of land in the whole of a bleak and barren shire. As a bachelor, however, his expenses had been small, and he had contrived from the rents of his scattered cottages, and the sale of the Galloway nags, which he bred upon the moors, not only to live as a laird should, but to put by a considerable sum in the bank.

Habíamos tenido pocas noticias de nuestro pariente durante los días de nuestra relativa prosperidad, pero justo cuando estábamos a punto de perder toda esperanza, nos llegó una carta como un ángel servicial, ofreciéndonos comprensión y socorro. En ella el Terrateniente de Branksome nos decía que uno de sus pulmones había estado debilitándose progresivamente por algún tiempo, y que el doctor Easterling, de Stranraer, le había aconsejado encarecidamente pasar los pocos años que le quedaban en algún clima más cordial. Había decidido, por lo tanto ponerse en camino hacia el sur de Italia, y pidió que fijásemos nuestra residencia en Branksome en su ausencia, y que mi padre actuase como su administrador de tierras y representante por un salario que nos dejara lejos de cualquier temor a pasar necesidades.

Nuestra madre llevaba algunos años muerta, así que sólo quedábamos yo mismo, mi padre, y mi hermana Esther para consultar, y puede imaginarse fácilmente que no nos llevó mucho tiempo decidir aceptar la generosa oferta del terrateniente. Mi padre partió hacia Wigtown esa misma noche, mientras que Esther y yo le seguimos unos pocos días después, llevando con nosotros dos sacos de patatas llenos de libros eruditos, así como los demás objetos domésticos que valiera la pena y el gasto transportar.

We had heard little from our kinsman during the days of our comparative prosperity, but just as we were at our wit's end, there came a letter like a ministering angel, giving us assurance of sympathy and succour. In it the Laird of Branksome told us that one of his lungs had been growing weaker for some time, and that Dr. Easterling, of Stranraer, had strongly advised him to spend the few years which were left to him in some more genial climate. He had determined, therefore to set out for the South of Italy, and he begged that we should take up our residence at Branksome in his absence, and that my father should act as his land steward and agent at a salary which placed us above all fear of want.

Our mother had been dead for some years, so that there were only myself, my father, and my sister Esther to consult, and it may be readily imagined that it did not take us long to decide upon the acceptance of the laird's generous offer. My father started for Wigtown that very night, while Esther and I followed a few days afterwards, bearing with us two potato-sacksful of learned books, and such other of our household effects that were worth the trouble and expense of transport.

CAPÍTULO II

DE LA EXTRAÑA MANERA EN QUE UN INQUILINO VINO A CLOOMBER

Branksome podría parecer una vivienda pobre comparado con la casa de un señor inglés, pero para nosotros, después de nuestra larga residencia en apartamentos mal ventilados, era de una magnificencia regia.

El edificio era amplio y bajo, con tejado de tejas rojas, ventanas con paneles a rombos, y abundancia de habitaciones con techos ennegrecidos por el humo y zócalos de roble. Delante había un pequeño césped, rodeado de una delgada hilera de macilentas y poco desarrolladas hayas, todas retorcidas y marchitas por los efectos de la espuma del mar. Detrás se extendía la dispersa aldea de Branksome-Bere —una docena de casas de campo a lo sumo— habitada por toscos pescadores que consideraban al terrateniente como su protector natural.

Al oeste había una ancha playa amarilla y el Mar de Irlanda, mientras que en todas las otras direcciones los desolados páramos, verde grisáceos en el primer plano y púrpura en la distancia, se extendían en curvas largas y bajas hacia el horizonte.

Esta costa de Wigtown era muy inhóspita y solitaria. Un hombre podría andar muchas agotadoras millas y no ver nunca un ser vivo excepto las blancas gaviotas aleteando pesadamente, que gritaban y chillaban unas a otras con sus estridentes y tristes voces.

□Muy solitaria y muy inhóspita! Una vez que Branksome quedaba fuera de la vista no había señales de la obra del hombre salvo únicamente donde se levantaba la alta y blanca torre de Cloomber Hall, como una lápida de alguna tumba gigantesca, de entre los abetos y alerces que la rodeaban.

CHAPTER II

OF THE STRANGE MANNER IN WHICH A TENANT CAME TO CLOOMBER

Branksome might have appeared a poor dwelling-place when compared with the house of an English squire, but to us, after our long residence in stuffy apartments, it was of regal magnificence.

The building was broad-spread and low, with red-tiled roof, diamond-paned windows, and a profusion of dwelling rooms with smoke-blackened ceilings and oaken wainscots. In front was a small lawn, girt round with a thin fringe of haggard and ill grown beeches, all gnarled and withered from the effects of the sea-spray. Behind lay the scattered hamlet of Branksome-Bere—a dozen cottages at most—inhabited by rude fisher-folk who looked upon the laird as their natural protector.

To the west was the broad, yellow beach and the Irish Sea, while in all other directions the desolate moors, greyish-green in the foreground and purple in the distance, stretched away in long, low curves to the horizon.

Very bleak and lonely it was upon this Wigtown coast. A man might walk many a weary mile and never see a living thing except the white, heavy-flapping kittiwakes, which screamed and cried to each other with their shrill, sad voices.

Very lonely and very bleak! Once out of sight of Branksome and there was no sign of the works of man save only where the high, white tower of Cloomber Hall shot up, like a headstone of some giant grave, from amid the firs and larches which girt it round.

La gran casa, a una milla o más de nuestra vivienda, había sido construida por un rico comerciante de Glasgow de extraños gustos y hábitos solitarios, pero en el momento de nuestra llegada había estado desocupada durante muchos años, y se alzaba con los muros manchados a causa del clima y ventanas vacías de mirada fija mirando inexpresivamente hacia fuera sobre la ladera de la colina.

Vacía y enmohecida, servía únicamente como punto de referencia a los pescadores, puesto que habían descubierto por experiencia que manteniendo la chimenea del terrateniente y la torre blanca de Cloomber en línea podían encontrar su camino a través del feo arrecife que levanta su recortada espalda, como la de un monstruo dormido, sobre las turbulentas aguas de la bahía barrida por el viento.

A este agreste lugar era donde el Destino había traído a mi padre, mi hermana y a mí mismo. No nos daba miedo su soledad. Después del alboroto y ajeteo de una gran ciudad y la tediosa tarea de mantener las apariencias con unos escasos ingresos, había una gran serenidad que calmaba el alma en los amplios horizontes y el aire cortante. Aquí por lo menos no había vecinos para curiosear y parlotear.

El terrateniente había dejado su faetón y dos ponis tras él, con la ayuda de los cuales mi padre y yo solíamos dar una vuelta por la finca haciendo tales obligaciones ligeras como le corresponden a un representante, o "factor", como era llamado allí, mientras nuestra dulce Esther se ocupaba de nuestras necesidades del hogar, y alegraba el oscuro y viejo edificio.

Tal era nuestra simple y tranquila existencia, hasta la noche de verano en que tuvo lugar un incidente inesperado que resultó ser el heraldo de aquellos extraños hechos que he tomado mi pluma para describir.

Por las tardes solía salir en el esquife del terrateniente a coger unas pocas pescadillas que podrían servir para nuestra cena. En esta memorable ocasión mi hermana vino conmigo, sentándose con su libro en la popa de la barca, mientras yo colgaba mis sedales sobre la proa.

This great house, a mile or more from our dwelling, had been built by a wealthy Glasgow merchant of strange tastes and lonely habits, but at the time of our arrival it had been untenanted for many years, and stood with weather-blotched walls and vacant, staring windows looking blankly out over the hill side.

Empty and mildewed, it served only as a landmark to the fishermen, for they had found by experience that by keeping the laird's chimney and the white tower of Cloomber in a line they could steer their way through the ugly reef which raises its jagged back, like that of some sleeping monster, above the troubled waters of the wind-swept bay.

To this wild spot it was that Fate had brought my father, my sister, and myself. For us its loneliness had no terrors. After the hubbub and bustle of a great city, and the weary task of upholding appearances upon a slender income, there was a grand, soul-soothing serenity in the long sky-line and the eager air. Here at least there was no neighbour to pry and chatter.

The laird had left his phaeton and two ponies behind him, with the aid of which my father and I would go the round of the estate doing such light duties as fall to an agent, or "factor" as it was there called, while our gentle Esther looked to our household needs, and brightened the dark old building.

Such was our simple, uneventful existence, until the summer night when an unlooked-for incident occurred which proved to be the herald of those strange doings which I have taken up my pen to describe.

It had been my habit to pull out of an evening in the laird's skiff and to catch a few whiting which might serve for our supper. On this well-remembered occasion my sister came with me, sitting with her book in the stern-sheets of the boat, while I hung my lines over the bows.

El sol se había hundido detrás de la escarpada costa irlandesa, pero una larga masa de nubes rojas aún señalaba el lugar, y proyectaba una aureola sobre las aguas. El océano entero estaba vetado y marcado con rayas carmesí. Me había puesto de pie en la barca, y estaba mirando con deleite el amplio panorama de la orilla y el mar y el cielo, cuando mi hermana tiró de mi manga con un pequeño y agudo grito de sorpresa.

—Mira, John —gritó— ¡hay una luz en Cloomber Tower!

Giré la cabeza y fijé la mirada en la alta y blanca torrecilla que se entreveía por encima del cinturón de árboles. Mientras miraba vi con claridad en una de las ventanas el destello de una luz, que desapareció de repente, y después brilló una vez más desde otra más alta. Allí parpadeó durante algún tiempo, y finalmente brilló por detrás de dos ventanas sucesivas por abajo antes de que los árboles la ocultasen de nuestra vista. Estaba claro que alguien que llevaba una lámpara o una vela había trepado por las escaleras de la torre y después había regresado a la parte principal de la casa.

—¿Quién demonios puede ser? —exclamé, hablando más bien para mí mismo que para Esther, puesto que podía ver por la sorpresa que mostraba su cara que no tenía una solución que proponer—. Quizás alguna gente de Branksome-Bere han querido inspeccionar el lugar.

Mi hermana sacudió la cabeza.

—Ninguno de ellos se atrevería a poner un pie dentro de las puertas de la avenida —dijo—. Además, John, las llaves las guarda el agente inmobiliario en Wigtown. Aunque alguna vez fueran tan curiosos, nadie de nuestra gente podría encontrar su camino de entrada".

Cuando reflexioné sobre la maciza puerta y los pesados postigos que protegían el piso más bajo de Cloomber, no pude sino admitir la fuerza de la objeción de mi hermana. El intempestivo visitante debía de haber usado una violencia considerable para entrar a la fuerza, o debía de haber conseguido la posesión de las llaves.

The sun had sunk down behind the rugged Irish coast, but a long bank of flushed cloud still marked the spot, and cast a glory upon the waters. The whole broad ocean was seamed and scarred with crimson streaks. I had risen in the boat, and was gazing round in delight at the broad panorama of shore and sea and sky, when my sister plucked at my sleeve with a little, sharp cry of surprise.

"See, John," she cried, "there is a light in Cloomber Tower!".

I turned my head and stared back at the tall, white turret which peeped out above the belt of trees. As I gazed I distinctly saw at one of the windows the glint of a light, which suddenly vanished, and then shone out once more from another higher up. There it flickered for some time, and finally flashed past two successive windows underneath before the trees obscured our view of it. It was clear that some one bearing a lamp or a candle had climbed up the tower stairs and had then returned into the body of the house.

"Who in the world can it be?" I exclaimed, speaking rather to myself than to Esther, for I could see by the surprise upon her face that she had no solution to offer. "Maybe some of the folk from Branksome-Bere have wanted to look over the place."

My sister shook her head.

"There is not one of them would dare to set foot within the avenue gates," she said. "Besides, John, the keys are kept by the house-agent at Wigtown. Were they ever so curious, none of our people could find their way in."

When I reflected upon the massive door and ponderous shutters which guarded the lower storey of Cloomber, I could not but admit the force of my sister's objection. The untimely visitor must either have used considerable violence in order to force his way in, or he must have obtained possession of the keys.

Picada mi curiosidad por el pequeño misterio, remé con fuerza hacia la playa con la determinación de ver por mí mismo quien podría ser el intruso, y cuales eran sus intenciones. Dejando a mi hermana en Branksome y llamando a Seth Jamieson, un viejo marinero veterano y uno de los pescadores más corpulentos, me puse en camino a través del páramo con él atravesando la creciente oscuridad.

—Esa casa no tiene buena reputación después del anochecer —comentó mi compañero, aflojando perceptiblemente el paso cuando le expliqué la naturaleza de nuestra misión—. No es por nada por lo que el propietario no se acerca a ella.

—Bien, Seth, hay uno que no tiene miedo de entrar en él —dije yo, señalando el gran edificio blanco que se erigía ante nosotros en la penumbra.

La luz que yo había observado desde el mar se estaba moviendo hacia atrás y hacia delante a través de las ventanas del primer piso, cuyas persianas habían sido quitadas. Podía ver ahora que una segunda luz más tenue seguía a la otra unos pocos pasos por detrás. Evidentemente dos individuos, uno con una lámpara y otro con un cirio o una vela de junco, estaban haciendo un cuidadoso examen del edificio.

—Que cada uno se meta en lo suyo —dijo Seth Jamieson obstinadamente, parándose por completo—. ¿Qué nos importa si un fantasma o el hombre del saco quiere encapricharse de Cloomber? No es prudente entrometerse en tales cosas.

—Pero, hombre —grité—, no supondrás que un fantasma vino aquí en un carruaje. ¿Qué son esas luces allí junto a la puerta de la avenida?

—[Las lámparas de un carruaje, como era de esperar! —exclamó mi compañero con una voz menos lúgubre—. Dirijámonos a él, señor West, y preguntemos de dónde viene.